

# ©DISSIDENCES

Hispanic Journal of Theory and Criticism

*Joan Ramon Resina y Ulrich Winter, Eds.*

*Casa encantada:*

*Lugares de memoria en la España constitucional (1978-2004)*

*Frankfurt am Main/Madrid: Vervuert Iberoamericana, 2005*

Isabel Cuñado / Bucknell University

Nadie puede dudar a estas alturas de que la memoria se ha puesto de moda en los estudios peninsulares. *Casa encantada: Lugares de memoria en la España constitucional (1978-2004)* viene a confirmar esta tendencia y a anunciar que sólo acaba de empezar. Los editores, Joan Ramon Resina y Ulrich Winter, contribuyen al debate vigente con un estudio pionero de los sitios conmemorativos de la memoria histórica. Se trata del primer libro que examina en profundidad los lugares de memoria en el marco de la historia democrática española y su relación con las identidades culturales y políticas reprimidas por el franquismo

(especialmente la catalana). Lo hace trayendo al debate otros estudios, además de los históricos. La multiplicidad de las interpretaciones del término de Pierre Nora y de los ámbitos analizados –desde la Constitución a las llamadas “fosas del olvido” – abre un diálogo fértil y dinámico sobre la memoria histórica y sus posibles orientaciones de estudio.

Casa encantada ofrece una mirada interdisciplinaria de los lugares de memoria en España desde parámetros tan diversos como los estudios culturales, los estudios urbanos, la literatura, el cine, la filosofía, el arte, la historia y la política. Según los editores, el punto de partida y enlace conceptual del libro es la idea de lieux de mémoire propuesta por Nora en los años ochenta. El objetivo es “esclarecer los modos en que un colectivo se relaciona con su pasado, asignándole un espacio virtual en la memoria compartida a través de una localización en el espacio social” (10). El conjunto de ensayos plantea numerosas cuestiones relevantes en torno a las diversas naturalezas y funciones de los lugares conmemorativos en un marco territorial, España, donde coexisten identidades culturales con memorias históricas distintas. Se trata de un innovador coro de perspectivas que invita a reflexionar sobre las maneras en que en España se ha elegido conmemorar unos pasados y reprimir otros, y en las implicaciones que esto tiene para la formación y exclusión de identidades políticas, nacionales y culturales. Este libro llega, además, en un momento clave, haciéndose eco del vibrante debate social y político actual sobre el derecho de Cataluña y del País Vasco, no ya sólo a recuperar y conmemorar memorias suprimidas, sino a retomar procesos de identidad cultural, política y nacional interrumpidos por la guerra civil.

En “Localizar a los muertos y reconocer al Otro: Lugares de memoria en la cultura española contemporánea”, Ulrich Winter parte de la distinción entre los lieux de mémoire de Pierre

Nora –marcados por la homogeneidad histórica del modelo nacional francés y susceptibles de ser utilizados con fines conmemorativos por la cultura oficial– y lo que él llama los lugares de memoria españoles. Éstos últimos tienen un sentido muy distinto ya que son “referentes dislocados” (28) en los que se inscriben varias memorias colectivas: las de las dos Españas, que a su vez se cruzan con las de las diversas identidades culturales y nacionales. Esta pluralidad debería estructurar los lugares de memoria en España como sitios de reconocimiento entre memorias conflictivas, frente a otros monolíticos representantes de una “identidad española colectiva”. Además, mientras que los lieux de mémoire de Nora se basan en la ruptura entre presente y pasado o entre historia y memoria, los lugares de memoria en España pertenecen al mismo tiempo a la memoria viva y a la memoria mítica, permitiendo la continuidad entre pasado y presente. Winter propone las fosas comunes de las víctimas de la represión franquista como ejemplo de lugares de memoria y de reconocimiento frente al Valle de los Caídos, el monumento funerario de Franco, un lugar de memoria totalitaria y de exclusión del Otro.

Ángel Castiñeira ofrece en “Naciones imaginadas. Identidad personal, identidad nacional y lugares de memoria” un sofisticado pero descontextualizado mapa conceptual de las relaciones entre identidad individual, identidad colectiva y memoria. Castiñeira intenta explicar el fenómeno de las identidades nacionales a partir de los procesos de construcción identitaria del individuo. Una de las implicaciones más discutibles de este paralelismo es la problemática caracterización del nacionalismo como un proceso patológico de “neurosis identitaria” (69). También son cuestionables las condiciones de unidad e integración de la narrativa del yo en las que supuestamente se basa la memoria biográfica, escenario que chocaría con una visión comúnmente aceptada de la memoria como una narrativa abierta,

fragmentada y constantemente sujeta a la renegociación de fuerzas en conflicto. Como es comprensible desde las ciencias sociales, el ensayo se caracteriza por un exhaustivo intento de definir y clasificar conceptos, tipos de memoria, más que cuestionar los límites entre ellos. Esta posición deja pocos espacios abiertos a las fisuras y contradicciones que pueda presentar cada tipo de memoria, así como entre ellos. A pesar de esta excesiva categorización y de la acusada falta de referencias al contexto de la España democrática, la visión teórica de Castiñeira abre al debate la valiosa perspectiva de las ciencias sociales.

En “El vientre de Barcelona: Arqueología de la memoria”, encontramos la imagen más evocativa del libro: la de la ciudad como cuerpo que esconde en sus entrañas los restos de un genocidio político y cultural. A través de esta fértil metáfora, Joan Ramon Resina examina la relación entre la ausencia de lugares de memoria de la historia nacional catalana en Barcelona y el urbanismo practicado en esta ciudad durante las últimas décadas. Siguiendo la idea de Nora de que los lugares de memoria existen como recordatorios de un pasado ya acabado, se sugiere que la ausencia de lugares conmemorativos de las víctimas de las represiones españolas en Barcelona se debe a que la historia que éstos deberían recordar no ha concluido del todo. Como ejemplo aparece el debate institucional surgido en torno al destino de los yacimientos urbanísticos de la derrota de Cataluña ante las tropas de Felipe V en la batalla de 1714, a raíz de su descubrimiento bajo el mercado del Born hace apenas tres años. Puesto que “la relación entre derrota y destrucción de la memoria no es contingente” (86), se advierte perspicazmente que los intentos de no conservar el escenario de esta derrota particular de Cataluña revelan el deseo de hacer desaparecer los incómodos restos materiales —esa “masa indigesta en el vientre de Barcelona” (94)— que legitiman la persistencia de la memoria de los vencidos en 1714, así como de otros posteriores, incluidos los de la guerra

civil. Trazando un sugerente paralelismo entre excavación urbana y excavación en la memoria social, Resina reclama el valor de las ruinas como memoria visitable (y visible en las fotografías que complementan el ensayo), es decir, como espacio alegórico de la masacre y de la pérdida de libertades de una nación.

Continuando en Barcelona, Colleen Culleton propone la historia del monumento al doctor Robert como metáfora de la identidad catalana en “La memoria descolocada: El monumento al Dr. Robert”, una de las contribuciones más lúcidas del volumen. Culleton examina la biografía del intelectual catalán y la historia de su monumento para sugerir que este lugar de memoria a quien fue alcalde de la ciudad y uno de los primeros defensores de la autonomía catalana se ha convertido en un signo de la vida de Barcelona. Su supresión en 1940 y posterior reubicación en un lugar menos visible en los años 80 hablan del olvido y del desplazamiento al que se han visto sometidos los valores políticos y artísticos de la nación catalana que el monumento representa. Esta “perfecta(s) metáfora(s) de la recuperación de una identidad herida” (125) es, en última instancia, un monumento a la memoria misma.

Joseba Zulaika amplía el marco geográfico del volumen con una mirada sobre Bilbao en “La Palanca como transgresión y memoria: sexo, religión, amor e ironía en el Bilbao postfranquista”. El interés del contraste entre la zona históricamente marginal de la ciudad con la nueva imagen posmoderna cuyo prototipo es el museo Guggenheim queda en parte oscurecido por ciertas ambivalencias en la apreciación de La Palanca, a veces lugar de “escándalo permanente” (137) y otras “utopía de la solidaridad obrera más allá de las fronteras nacionales” (142). También es ambivalente el concepto de lugar de memoria manejado, tan indefinido que a menudo se pierde de vista: incluye en un principio La Palanca

(que nada parece tener que ver con los espacios conmemorativos oficiales a los que se refiere Nora) y más tarde cualquier tipo de edificio (iglesias, centros de cultura y caseríos entre otros) rehabilitado recientemente como refugio de marginados. A pesar de todo y no sin razón, Zulaika sugiere en este ensayo donde la crónica histórico-social y lo autobiográfico se cruzan y envuelven en un original halo lírico-ético, que la marginación, siempre la otra cara de la modernidad, recicla sus espacios urbanos de supervivencia pero no desaparece.

Volviendo ahora la mirada sobre el cine y la literatura, Jo Labanyi examina en “El cine como lugar de memoria en películas, novelas y autobiografías de los años setenta hasta el presente” obras de Víctor Erice, Juan Marsé y Terenci Moix que “recurren al cine para establecer una relación entre la memoria y el espacio” (159). Labanyi se aleja del concepto de lugar de memoria propuesto por Nora para tratar un tipo de lugar muy diferente, el cine, que permite recordar la historia de manera subjetiva. De este modo invita a pensar en la “doble conciencia” (160) que el cine ofrece: la del viaje escapista de la realidad y la del nuevo lugar u hogar en el que se instala el espectador. En un malabarismo no del todo justificado, Labanyi salta de la memoria que del cine tienen hoy espectadores de los años 40 y 50 al papel del cine dentro de la creación de ficción, abriendo el análisis simultáneamente en dos planos, el real y el ficticio, que podrían plantear preguntas y análisis distintos.

En “La construcción del tiempo: dos documentales creativos” Paul Julian Smith se propone analizar, a la luz de la “elusiva y problemática” (174) distinción de Nora entre memoria e historia, dos documentales de 2001: En construcción, de José Luis Guerín, y Fuente Álamo, la caricia del tiempo, de Pablo García. Después de un contraste rápido y poco esclarecedor del tratamiento del tiempo en ambas, se llega a la conclusión un tanto precipitada de que “las

dos películas muestran de manera magistral que la memoria es captada por la historia, que la memoria ya es la historia” (178). A pesar del interés de la propuesta que abre el ensayo y de los materiales elegidos, se echa de menos una definición de los conceptos de historia y de memoria que se están manejando (es decir, cómo se relacionan, finalmente, con los lugares de memoria de Nora mencionados), así como un análisis más exhaustivo de su representación en los documentales.

José Luis Villacañas Berlanga ofrece en “Carlos y Carolus: Dos memorias” una penetrante crítica de la representación de la historia en la exposición oficial realizada en Toledo en 2000 para celebrar el quinto centenario de Carlos V. Villacañas Berlanga enumera y detalla ilustrativamente la serie de manipulaciones a que se somete la imagen del emperador, siendo la más destacada la de artífice de una España europea. La imagen oficial del emperador está alumbrada por un claro interés político: “subrayar la imagen y dimensión europea de la España imperial, aun cuando esta imagen fuera la de una hegemonía cuyo sentido resulta radicalmente contradictorio a los equilibrios federales de unidad y diversidad que son constitutivos de la Unión” (186). En este proceso de representación histórica que elude toda mirada crítica y que hace del poder un fenómeno estético, según el autor, se ha perdido la preciosa oportunidad de hacer “pedagogía histórica” (186). La constante eficacia argumentativa del ensayo, sin embargo, se nubla al final con la enigmática conclusión de que “finalmente, todos los lugares de la memoria coinciden en un consenso” (204). ¿Podemos considerar bajo el mismo término –lugares de memoria– cosas tan distintas como la exposición oficial, la visión que el padre del autor tenía del emperador –visión que acertadamente se contrasta con la proyectada por la muestra oficial– y los recuerdos del propio autor sobre estos detalles de su infancia? Y si fuera así, ¿en qué consiste entonces el

consenso entre ellas? Pendiente de estas preguntas, el concepto de lugar de memoria queda indefinido.

En “La deconstrucción de la memoria. El argumento perverso sobre la represión franquista” Agustí Colomines denuncia de manera convincente el revisionismo histórico actual que intenta negar la naturaleza represiva del franquismo, entre cuyos objetivos estaba eliminar las instituciones de autogobierno de las culturas no castellanas y españolizarlas culturalmente. El hecho de que el régimen franquista no consiguiera llevar a cabo con total éxito sus propósitos represores y uniformadores se ha convertido en una especie de “argumento perverso” manejado por aquellos que quieren negar el totalitarismo franquista. Los trabajos de Juan Ramón Lodares y de Jon Juaristi se incluyen en esta moda revisionista encargada de lo que se llama “deconstrucción de la memoria”. A pesar del uso desafortunado del primer término (más que deconstruir la memoria del franquismo, el revisionismo conservador la construye a su manera), Colomines se refiere con esto a la falsificación o distorsión interesada de la memoria histórica. Finalmente, haciendo eco de Nora, Colomines reclama que el deber de recordar sea considerado en sí un lugar de la memoria. Aunque en momentos se hace cuestionable el uso de expresiones como “relato histórico” (207) y “perspectiva historiográfica” (208) como referencias objetivas al pasado, este ensayo logra acertadamente llamar la atención sobre la manipulación de la memoria utilizada actualmente con fines partidistas contra los nacionalismos.

En el brillante ensayo “El patriotismo constitucional o la dimensión mnemotécnica de una nación”, H. Rosi Song analiza el reciente uso político de la Constitución como lieu de mémoire que conmemora “un estado indivisible” y una “identidad nacional cohesionada”

(228). Song toma como ejemplo el discurso del rey en la conmemoración del vigésimo quinto aniversario de la Constitución de 1978, en el que se hace una defensa del texto como marco de una estabilidad y unidad nacionales de la que evidentemente se desprende una oposición a las propuestas de reforma procedentes de Cataluña y del País Vasco. A partir de ahí se analiza en qué consiste el “patriotismo constitucional” difundido por el gobierno del PP: una desviación del término de Habermas, que explica la Constitución “como parte de una memoria colectiva que requiere la lealtad incondicional de todos los españoles por sus valores universales y sus logros democráticos” (225). Para Song esta postura “revela una paradójica –y problemática– comprensión de la pluralidad española” (226) ya que “no expresa una lealtad a sus valores [de la Constitución] sino a su proyección de una identidad nacional” (231).

El volumen concluye con un texto inédito de Manuel Vázquez Montalbán titulado “Las memorias”, donde se reflexiona sobre la memoria de los vencidos, el papel de ésta en la creación literaria de su generación y en la larga resistencia a la cultura oficial. Este cierre homenajea al recientemente fallecido escritor quien, en palabras de los editores, supone en sí mismo un “lugar de memoria de la literatura española democrática” (14).